

IV domingo de Adviento

2Sam 7,1-5.8-12.14.16;

Sal 88;

Rom 16,25-27;

Lc 1,26-38

Heme aquí!

El ángel entró
donde estaba María y le dijo:

«Dios te salve llena de gracia, el Señor está contigo».

Al oír estas palabras, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué significaba tal saludo. El ángel le dijo: «Non temas, María, pues Dios te ha concedido su favor. Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús». [...] María dijo al ángel: « ¿Cómo será esto pues yo no tengo relaciones con ningún hombre? El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios. [...] María dijo: «Aquí está la esclava del Señor, que me suceda como tú dices». Y el ángel la dejó.

En aquel tiempo... era el sexto mes de la concepción de su prima Isabel, y María estaba en su casa. ¿Por qué el Evangelio nos describe de modo tan preciso el momento y la secuencia de los eventos? No por precisión cronológica, sino para hacernos comprender que se trata de historia verdadera y, sobre todo, para decir que María sabía dónde estaba, conocía los eventos que sucedían a su alrededor, sabía ser promesa esposa de José y trataba de entender el sentido de lo que vivía, humanamente, de mujer verdadera, con fe. Y sin embargo se desconcierta al oír cuanto estaba preparado para ella, asombrada por la grandeza de la perspectiva de la Encarnación. Pero, a diferencia de su primo Zacarías, no pide pruebas, no quiere tener garantías, se fía sin perder la consciencia de sí, dado que no conoce hombre y a pesar de todo se confía a Dios con su «Aquí estoy».

La visita concluye con el reclamo sintético a la historia (Isabel, anciana, ya en el sexto mes), al poder del Creador (nada es imposible para Dios) y al asombro de todos (todos decían estéril). «Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza con la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas» (Rom 1,20), en una continua integración entre inteligencia y confianza. «Cuando Dios revela hay que prestarle la obediencia de la fe con la cual el hombre se confía libre y totalmente a Dios prestándole el pleno obsequio de la inteligencia y de la voluntad y asintiendo voluntariamente a la Revelación que él hace» (DV 5).

Acerquémonos a María conscientes de nuestra historia, confiados en la omnipotente bondad de nuestro Dios y descubriremos que nos ha preparado grandes designios, quedando asombrados de su cercanía.

*Dios te salve llena de gracia, el Señor está contigo,
bendita tú entre las mujeres.*

Cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes. Mirándola descubrimos que la misma que alababa a Dios porque «derribó de su trono a los poderosos» y «despidió vacíos a los ricos» (Lc 1,52.53) es la que pone calidez de hogar en nuestra búsqueda de justicia (EG 288).